

La talla como mecanismo de poder

Una vez finalizadas las pretensiones universalistas medievales como centro de objeto religioso y también regio, se vio corroborada la Edad Moderna con la aparición en escena de nuevos mecenas e impulsores del reciente lenguaje de las imágenes.

La efigie tallada o pintada se revaloriza, llegando a convertirse en verdaderos "tótems" divinizados para ponerse en contacto con fuerzas extra-sensoriales.



Ese gusto Barroco del XVII y XVIII se afianzó en las altas esferas de poder, sirviendo como dignificación a todos sus patrocinadores. Se dejaba de lado la parte oscura y mística del período feudal, para dar paso a concepciones más contemporáneas, de clara lucha contrareformista. Esa realidad maquillada a través de las imágenes servía de fuerza de choque para todas las herejías del mundo protestante en boga mediante las teorías de Erasmo. No se trata en este período solamente de un aprovechamiento estético o estilístico, sino de buscar criterios metodológicos que nos aproximen a un "arte didáctico" macerado sobre los fieles atemorizados. Inquisición, represión, limpieza de sangre y lenguaje iconoclasta, fueron armas propiciatorias de una versión ralentizada de los tiempos de la defensa a ultranza, y sin lógica, del catolicismo como símbolo de preponderancia universal.

Ante la propia carencia física del motivo principal representado, se busca una idea de majestad, de sagrado y de sobrenatural para quedar plasmado en una presencia corpórea. Los gritos dolientes de los crucificados, la descomposición de los yacentes o los coronados humillados servirán como pretextos pasionales para poner en marcha toda la maquinaria propagandística del Estado. Es un lenguaje teatral donde todo sirve para conseguir los fines del credo religioso. Es una jerarquía al servicio de la "auto-suficiencia" política.

Los medios de construcción de imágenes fueron muy variados. Desde la realización del retablos enciclopédicos a modo de marcos agiográficos, hasta la representación de pasos procesionales en busca del sentimiento del dolor.

A esta configuración de poder remarcada por sí sola en las características de las obras sagradas, hay que añadir la introducción de elementos civiles donde la propia jefatura organizativa se ve reforzada. Soldados, bufones, sayones, verdugos o simples espectadores, aparecen ahora unidos al motivo principal. El movimiento civil

cobra vida y se sitúa al lado del eclesiástico. A todo ello se añade el resurgimiento de las ciudades y las nuevas capas sociales adineradas que quieren introducirse en el mundo del arte como símbolo de distinción y acercamiento divino. En cuanto a la concepción de las propias cofradías barrocas, su meta es elevar la fe y buscar el destino escolástico producto de gustos más o menos plásticos. El refinamiento de las grandes figuras artesanales se alejan de parámetros cortesanos basándose en designios de hermandad. Este apogeo representativo tuvo su punto de partida a través de la reforma. A pesar de que en etapas anteriores se talló mucho, solamente hubo motivos parroquiales o encargos de afamados monasterios. Pero a partir del cisma religioso, el volumen de trabajo se acrecienta de tal manera que sólo en la catedral de Ulm se llegará a poseer más de cincuenta retablos. Las imágenes monumentales llenas de claridad en el mensaje invadieron Europa. Bien a favor o en contra de la nueva disposición dogmática. Todas ellas marcadas por su fuerte acento de poder impuesto por los órganos representativos que servían para remarcar su plena supremacía con respecto a una sociedad implicada en un ambiente de sumisión.

Javier Caballero Chica

Licenciado en H.^ª del Arte



Jueves Santo. Acto de la Despedida en la Plaza Mayor, con la presencia del Presidente de la Junta de Castilla y León, D. Juan José Lucas, el Alcalde de León, D. Mario Amilivia, el Presidente de la Diputación, D. José Antonio Díez y la Consejera de la Junta de Castilla y León, D.^ª Isabel Carrasco.